EL MEDICO Y SU MISION HISTORICA *

Dr. M. CARRERAS ROCA

HAY cierto paralelo entre el desarrollo de las artes, de la ciencia y de la cultura en general y el desarrollo de un germen. (Todo desarrollo supone un incremento de heterogeneidad.) La simiente se despliega en tejidos y órganos cada vez más diferenciados, que a la par que hacen más exuberante la vida de la planta, hacen cada vez más difícil la conservación de su unidad. Esto es también lo que suele ocurrir con las conquistas que alcanza el pensamiento.

De aquí el peligro del progreso científico. Fácilmente se pueden olvidar o arrinconar las ideas más sencillas, que suelen ser las más importantes. No es raro que la ciencia, tratando de dar una respuesta, haya llegado hasta olvidar la pregunta, o que, enmarañándose en la complejidad del matorral, haya perdido de vista los árboles centenarios de la verdad y del sentido común.

Por esto la Iglesia tiene la costumbre de atisbar a lo lejos, de dirigir siempre la mirada hacia el

primer origen y principio de las cosas. No se deja deslumbrar por la luz cálida del mediodía inmediato, sino que prefiere la luz suave de las auroras lejanas. Lo que hace la Iglesia es enfocarlo todo en proyección y camino de eternidad.

Porque en la continuidad hay el verdadero fruto. Nos lo advierte así el Papa actualmente reinante en una llamada de atención a la continuidad: «Las concepciones actuales —dice— no constituyen sino el final de largos tanteos y la continuación de un camino particularmente difícil».

Ciertamente, todo esfuerzo constante y generoso suele tener emergencias inesperadas. La corriente oculta se hace visible y luminosa. Se colman los escollos. El terreno árido se empapa y el caudal fluye a la superficie.

Ahora bien; el consejo y la prudencia requieren que no echemos al olvido las lecciones y las experiencias del pasado. Es un grave error creer que el hombre puede

* Comunicación presentada como Académico Corresponsal en la Sesión del día 24-I-67.

prescindir de la herencia de la cultura, que no necesita agradecer el rédito del capital y que le basta la última cosecha. Si la memoria humana —en lo que tiene la experiencia tradicional— se viera anegada por una copiosa amnistía, difícilmente podríamos ni levantar siquiera el peso liviano de las modernas cosechas.

De ahí la importancia de que los hombres de ciencia nos prevengamos contra las causas del error haciendo nuestras las prudentes advertencias de Pío XII: «No olvidéis —exhortaba el sabio Pontífice— que las lecciones del pasado deben servir a hombres del tiempo presente, instruirles, evitarles repetir errores o aventurarse a caminos sin salida».

Para los médicos, fomentar la sensatez científica, es, tal vez, el primer capítulo de la deontología. La medicina facultativa no puede correr el arbitrio de una teoría novedosa. Precisamente, por ser facultativa, los errores intrusos son plenamente responsables.

¿Hemos de admitir, pues, que el médico no puede incurrir en error? En sentido lato el médico puede equivocarse como todo hombre de ciencia, pero en su posición profesional, no puede ser nunca *el hombre que falla*. Como depositario de la salud y de la vida del prójimo, no puede jugar la apuesta de *los postulados cerrados* ni de *las instituciones abiertas*.

En efecto, *la lección del pasado*

nos enseña que, las instituciones muy ambiciosas suelen ser como aquellos advenedizos marchosos que embaucan a los creidillos del pueblo. Se ha exagerado mucho el predicamento de la intuición, que fácilmente halaga la vanidad de los indocumentados e impacientes. La intuición es un mero punto de partida para el largo viaje de la investigación científica. Además, la intuición suele ser solapadamente tendenciosa e interpretativa. Quiere avistarlo todo de una sola mirada y proyecta sobre la realidad la protoforma original de un boceto imaginario. La actitud del que *Cree en la intuición* suele ser sospechosa. Porque la intuición es puramente instrumental y, aunque pueda resultar muy útil, nunca acreditará nuestra fe. Científicamente es acrítica y arbitraria y, sobre ella, no se puede fundar sólidamente ningún conocimiento objetivo. No puede tener consistencia y validez objetiva porque no es *independiente* del punto de vista estrictamente personal. En este aspecto es un panorama *con sentido subjetivo*, que se despliega inusitadamente a nuestra visión interior, como un horizonte tendido sobre datos que parecían aislados y dispersos. En su aspecto psicológico, es una conexión asociada, integrada por vía subconsciente, de algunas experiencias archivadas anteriormente en el recuerdo. Sin estas experiencias subyacentes, no surgiría la intuición.

Pero tampoco llegaría a golpear nuestra conciencia, si no se presentara como una perspectiva paralela a la realidad, que tiene sentido porque puede prolongarse más allá de los hechos inmediatamente conocidos.

El principal peligro de la intuición es su ilusionismo absorbente, que llega a desalojar o a postergar en el olvido todas las verdades anteriormente conocidas cuando importan disparidad o contradicción. De este modo acaba por levantar un andamio sistemático que desafía la atalaya metafísica, única síntesis donde buscan su albergue la sabiduría y la prudencia. Cuando un intuitivo dice que únicamente cultiva su especialidad científica y que no piensa inmiscuirse en discusiones filosóficas, es casi seguro que está falseando la ciencia y remedando la filosofía.

Los ejemplos de esta inflación científica son fehacientes. Todos recordamos la candente polémica entre los llamados *ovistas como Ronnei y Spallanzani*, y los llamados *espermistas, como Leeuwenock y Leibnitz*. Los manes de la intuición llegaron a levantar casi dos teorías cosmológicas completas. Al descubrir el espermatozoo, *Dalenpatius* pretendía distinguir *el homúnculo*, al que sólo bastaba desarrollarse para nacer. Los investigadores estaban convencidos de que hacían estricta ciencia biológica, pero las consecuencias me-

tafísicas casi prosperaron tanto como ocurre hoy día con los adelantos del ácido ribonucleico. Para unos y otros parece que la vida ya no tiene secretos. Así, los espermistas de antaño proclamaron dos principios inconcursos sobre el pretendido origen de los seres:

I. — Que los animales son inengendrables.

II. — Que todo ser está constituido desde su origen por infinitos homólogos preformados en su seno.

Naturalmente, no se reconoció verdadera madre. La mujer era una simple depositaria de la vida. El principio viril era el principio divino. Dios, el primer principio viril. Y el universo, el despliegue espermático de la divinidad.

Las verdades palmarias quedaron arrinconadas y los hechos más obvios ignorados. Podemos preguntar *con Rostand*: «¿Cómo explicar que la observación cotidiana no recordara que los descendientes semejan a ambos padres, y que la mula, hija del asno y de la yegua, presenta caracteres intermedios?» Sólo *Wolf* se opuso al desvarío metafísico de los biólogos. En este punto, sólo él, desdeñado por los hombres de ciencia contemporáneos, fue un verdadero sabio. Pues el verdadero sabio sabe esto: que nunca una verdad ha sido contraria a las demás verdades. Aunque nosotros no conocemos LA VERDAD, sabemos que

todas las verdades convergen en una. Ponerlo en duda es imprudente y temerario y, además, no es sincero, pues, de hecho, nadie lo pone en duda cuando se trata de decidir en ventaja. Pero claro está que éstas son también afirmaciones metafísicas.

Claude Bernard, a pesar de su reconocida sagacidad, también incurrió en la paradoja de establecer lo que venía impugnando. Para él no hay más ciencia que la ciencia experimental, la cual arranca de la intuición y desemboca en el razonamiento experimental inductivo. No hay más garantía de verdad que el apoyo de la experiencia. «Los hombres —escribe— que tienen una fe *excesiva* en sus teorías o en sus ideas, no sólo están mal dispuestos para hacer descubrimientos científicos, sino que hacen siempre observaciones muy imperfectas.» Hasta aquí el texto es relativamente aceptable, en tanto que considero como fe *excesiva* aquella fe que no está debidamente fundada. Pero *Claude Bernard* va más lejos. Según él: «La educación científica procura distinguir el DETERMINISMO, que es el principio absoluto de la ciencia, de todas las demás teorías». Sería interesante saber qué actitud adoptaría *Bernard* ante la teoría moderna del indeterminismo físico, que ha ganado una mayoría de adeptos en el campo de la ciencia positiva. Tal vez se daría cuenta de que la suya podría ser también

una teoría gratuita, fundada en unos supuestos metafísicos «a priori». Pues, lo único que no puede fallar son estos pilares metafísicos, necesarios, que sostienen y condicionan nuestras posibilidades de conocimiento. Si fallan los principios de razón suficiente y de causalidad, ninguna verdad puede sostenerse ni en el campo de la experiencia. Valga decir de paso que *Einstein* nunca admitió el indeterminismo físico preconizado por sus propios discípulos. Porque *Einstein* era un filósofo. Pero, si las intuiciones abiertas pueden ser aventuradas en el campo científico, los postulados cerrados son siempre directamente opuestos a la sensatez. Al tratar de postulados cerrados, me refiero, claro está a los *presupuestos exclusivos* que entronizan las ciencias particulares a tenor de las modas vigentes. Ahora, por ejemplo, algunos biólogos y paleontólogos de la reciente hornada, suelen establecer como un hecho inconcurso que «la vida es el triunfo de la improbabilidad». A mí me parece que una improbabilidad destinada a un triunfo tan exorbitante, ha de ser una improbabilidad muy probable, una improbabilidad que tiene los dados cargados. Pero, al parecer, no es correcto que se pregunte por el artífice que los habría preparado. Esta pregunta se considera superficial e importuna; demasiado filosófica. Los biólogos, paleontólogos y genetistas que parten de

aquel presupuesto, suelen replicar que *ya nadie lo discute*. Por eso a tales presupuestos los he llamado *postulados cerrados*.

Para algunos ginecólogos es también un postulado cerrado que el cromosoma es un autosoma degenerativo. A uno de los entusiastas de la idea, que preconiza el matriarcado futuro por extinción de la dotación cromosomática de los varones, le pregunté si el espermatozoo no podría ser también un óvulo degenerado. Se adhirió inmediatamente a mi sugerencia por encontrar que la cuestión era palmaria e indiscutible.

Estos postulados *indiscutibles* no siempre se presentan en forma de proposiciones explícitas. Algunas veces se encubren tras neologismos conceptuales. Entonces se convierten en postulados herméticos. La *Criptogénesis* podría ser uno de estos encapuchados. Un postulado críptico. Porque, la simple existencia del vocablo, ya implica un hecho portentoso. Este término introduce, en el campo de la paleontología, un eje evolutivo, una línea misteriosa, sorpresiva y oculta. Da fe existencial de una macro-evolución explosiva, que no necesita de transformaciones graduales y paulatinas. Entre dos trilobites puede mediar una gama extensísima de representantes intermedios, pero, entre un saurio y un pájaro, las etapas se diseñan precipitadamente, en muy pocos saltos. En esta ortogénesis o ca-

mino de atajo, las demoras y retoques ya no son necesarios. Esto puede ser así o puede ser de otra manera, pero no se admite que se pregunte por la directriz intencional de proceso. En la paleontología moderna se puede preguntar por el ladrillo y por la casa, pero no interesan el proyecto ni el arquitecto. Estas preguntas ya rebasan el campo de la ciencia y no se trata de hechos verificables.

Y esto es lo grave, que al científico moderno no le interesa la unidad del saber. La ciencia se va desmembrando en dioramas y tableros separados. Cada científico juega su partida de ajedrez sin preocuparse del resto del mundo. Cada ciencia (como diría Pío XII) se ha convertido en un callejón sin salida. El saber se hincha, se atomiza y se desintegra.

Pero para el hombre es más importante comprender que entender. Pues cada uno necesita hacerse una arquitectura de todas las verdades simples y decisivas. Desentenderse de esta unidad es, sin duda, el más peligroso error de los necios. El especialista no puede romper su conciencia unitaria, no puede desgajar su pensamiento sin desgarrar y derramar, al mismo tiempo, el centro de su vida interior. El minifundio científico sólo puede acarrear al hombre las pérdidas de su fisonomía esencial y del horizonte de su verdad. Por este derrotero, el hombre de ciencia no puede encontrarse con el

sabio. El sabio no admite nunca una sola verdad que no se ajuste al concierto de todas las verdades inexpugnables.

Ciertamente hay muchas verdades que se van empañando con el vaho de las repeticiones insustanciales, y muchas alhajas que se oscurecen pasando de mano en mano. Los juicios más esclarecidos degeneran en verbalismo. Las conclusiones de la experiencia se desvinculan de los hechos y se hacen vácuas. Lo que fue ponderante pierde densidad, y lo que fue medido, pierde peso. Las respuestas de los antiguos se desnaturalizan porque ya no se «reconocen» los problemas que las originaron.

Sabiamente lo advierte el Sumo Pontífice: «Principios bien establecidos llegan a oscurecerse, víctimas, a veces, de una rutina que los falsea hasta desnaturalizarlos y condenarlos a desaparecer. Llegan un día, sin embargo, en que la verdad resucita».

Y en otro lugar nos exhorta: «a buscar los tesoros escondidos y revalorizarlos» y «a proyectar sobre algunos aspectos del pasado una nueva luz capaz de interesar y de instruir a los contemporáneos».

El ejercicio de la medicina no significa solamente la aplicación de una técnica. Además del aspecto práctico y utilitario de la profesión, ésta no puede desvincularse de su aspecto vocacional. Porque la medicina es siempre un servicio

al hombre. La actividad profesional del médico es siempre bifronte, porque se ejerce constantemente y simultáneamente en la dirección del objeto y en la relación moral con el prójimo. Para los otros artesanos, el objeto de su trabajo no es el sujeto del trato que se establece mediante el objeto. Una es la mercancía y otra la clientela. Así, el relojero trata con el reloj y con el comprador del reloj. Y estas dos funciones son diametralmente opuestas. En la primera tratamos con un objeto; en la segunda nos enfrentamos con el (destino del) hombre.

Pero eso no ocurre en el ejercicio de la Medicina. Por eso la responsabilidad del médico es tremenda. El cuerpo vivo del cliente es el cuerpo mismo del reloj. El servicio y la obra se compenetran de una manera tan íntima e inseparable, que su arte se convierte de inmediato en una misión, y el artesano se encuentra con una responsabilidad que roza la esfera moral del sacerdocio.

Esto no podía pasar desapercibido a la mirada penetrante del Papa «frente al problema de la enfermedad —nos dice— el médico, quiéralo o no, debe tomar posición ante el problema del destino humano».

Repito: «quiéralo o no, debe tomar posición». En estas sencillas palabras se percibe algo así como el golpe inexorable de un martillazo. El alma del médico cristiano

no puede menos que estremecerse y aun ha de retremblar en el más duro yunque del médico materialista.

Quiera o no quiera, se encuentra en la terrible encrucijada de la vida y la muerte y, al afrontar el problema de la enfermedad, ha de tomar posesión ante el otro problema del destino del hombre. Por lo menos, ha de ser una «respuesta» a la triple «pregunta» que le plantean la humanidad doliente del que sufre, la humanidad en general y la propia inquietud ante el sentido de la muerte.

«Si él —añade el Sumo Pontífice— no reconoce algo más allá de los fenómenos bioquímicos, ¿no confiesa implícitamente el fracaso de todos sus esfuerzos?»

Porque, ¿qué va a contestar a la confianza que el paciente ha depositado en él? Y, ¿qué herencia de ejemplaridad va a legar a los hijos del moribundo y a toda la sociedad en general, si han visto morir al padre como una luz trémula que se extingue y se aleja en las sombras? Y, ¿qué va a contestar a su propia conciencia, firme atalaya, que se ve vivir en el pasado, no extinguido, y que se lanza siempre a las esperanzas del futuro? ¿Qué va a contestar a esta conciencia del hombre, este vaso siempre lleno de aspiraciones incoercibles e inextinguibles?

Estamos, efectivamente, como balanceándonos en el péndulo de

una insaciable inquietud. Para unos es sólo la duda; para otros, es la fe, la esperanza y el amor. «Mi corazón está inquieto, Dios mío, hasta que no pueda reposar en Ti». Digan lo que quieran los que ironizan sobre el problema del destino, a todos nos es posible apreciar en nuestro interior una situación extraordinaria. Los existencialistas no han descubierto nada que, otrora, en lo fundamental, no descubrieran los filósofos cristianos. Hay una inquietud, o una angustia, o un extraño anhelo que estaba siempre allí, encerrado en el corazón del hombre, una sensación a veces rara para unos y familiar para otros, que al pronto hacía deslumbrante o pavorosa. Nadie nos habría hablado de ella y todos le encontraríamos una palabra que la expresara. Para unos sería «la muerte»; para otros, «el más allá». Para otros, «la vida eterna».

Esta palabra, escrita en todas las lenguas en jirones sangrantes de lirismo, es la que encuentra el médico en la cabecera del enfermo. Y ante esta palabra, quiera o no quiera, ha de tomar la posición ante el enfermo, ante la sociedad, ante la historia y ante la presencia de Dios.

Cuando, situados ante la raya intermedia entre la vida y la muerte, los ojos del paciente nos lanzan el dardo de una súplica confiada, ¿le diremos que su confianza no tiene sentido? ¿Que no hay otra

solución que morir en la ignorancia o en el sopor?

La conciencia moral del médico no puede admitir que su deber sea «engañar al que va a morir». Esto es admitir dos execrables errores. En primer lugar, es confesar que «la muerte carece de sentido» ante la vida, la sociedad y la historia. En segundo lugar, es la negación de «la supervivencia» y la afirmación de la nada.

Ahora bien: «Saber morir» no carece de sentido para la sociedad y para la historia. Lo revela el hecho de que «los que no saben morir con ejemplaridad» son execrados o relegados al olvido. Hasta las madres se olvidan más fácilmente de los hijos que han visto morir en la abyecta desesperación. La pesadumbre del recuerdo agobiaría su corazón. Pero los héroes se recuerdan siempre con orgullo, y el dolor se convierte pronto en alegría».

No puedo menos que recordar en este momento las palabras de San Pablo, cuando dicen: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» No lo olvidemos, los médicos. En todo hombre que sabe morir hay un eco de Cristo, un eco que se prolonga en la sociedad y en la historia. Porque el hombre, muriendo como Cristo, vence como Cristo a la muerte. «Mi cuerpo será levantado..., pero vosotros no temáis porque yo he venido al mundo.» Y el cuerpo de Cristo —«el Héroe esencial»— ha llena-

do todos los ámbitos de la tierra y todas las épocas de la historia. El médico no es una simple realidad técnica, sino una realidad moral. No es el mero funcionario que señala el paso del tren. En la vida del hombre no hay estación terminal. Cuando la vida llega al término de la muerte, el alma arranca como una saeta. El hombre no es sólo un sujeto de necesidades, sino el portador de un destino trascendente. Por esto no simplemente se pregunta por aquello de que carece, sino por el arquero que lo ha lanzado y por la insaciable inquietud que lo empuja a una meta desconocida.

La técnica nos defiende, pero no puede definir el alcanec de nuestro destino. Nos defiende con sus medios de comunicación, con su organización policíaca, con sus vacunas y con sus fármacos. Y, sin embargo, para cada uno de nosotros igualmente, la mera seguridad y el instinto de conservación no supone, ni mucho menos, la suma de todas nuestras aspiraciones. El hombre necesita algo más, que es reflejarse en otro, que es la expansión y comunión del espíritu. «No es bueno que el hombre esté solo», dijo Dios. Porque todas y cuantas cosas se relacionan con la técnica son únicamente nuestras cosas, pero la vida y la muerte no son para el hombre una mera heredad que se gana o se pierde. El hombre es conciencia y responsabilidad. Para él la vida es una llamada a

la vida eterna. Puede ciertamente morir, pero no puede abandonar su puesto, el fin para que ha sido creado. No puede dimitir delante del Señor.

El Sumo Pontífice nos da la pauta por la que se debe regir la conciencia profesional del médico haciéndose eco de las enseñanzas morales de Hipócrates. Las normas de su conducta profesional pueden resumirse en cinco puntos fundamentales —declara el Sumo Pontífice—. 1.º El respeto a la vida. 2.º Dedicación al enfermo. 3.º Dominio de sí. 4.º Dignidad, y 5.º Discreción.

Difícilmente podría compendiarse el código de la conducta profesional del médico en unos trazos tan breves y vigorosos, que abrazan la doble posición ante sí mismo y ante el enfermo.

Ante sí mismo:

1.º El médico debe dominar sus propios efectos y emociones. El problema de la vida o de la muerte no debe decidirse por impulsos emocionales que den una respuesta meramente sentimental al sentido del dolor.

2.º El médico, recordando la propia dignidad, no debe someterse tampoco al arbitraje de los sentimientos ajenos, ni puede aceptar coacción ni soborno que mellen su integridad.

3.º El médico debe ser discreto. Los secretos de la vida ajena no pueden nunca pertenecerle. No puede traicionar la confianza del que

busca un alivio en su intervención o en su consejo. El sigilo sacramental —o casi sacramental— debe velar las heridas del cuerpo, como cubre las heridas del alma.

Posición ante el enfermo:

1.º Debe respetar su vida. Cada paciente, puesto en el frente del dolor, es un soldado de Cristo. Nadie, pues, debe abandonar el puesto. Sólo Dios puede dar la orden. Primero, porque El es el Señor de la vida. Segundo, porque El nos dio el ejemplo de la vanguardia de la Cruz. «Hágase, Señor, tu voluntad.» Esta es la voluntad que cuenta y no la del médico. El médico puede aliviar el dolor, pero él, que no ha dado la vida, no puede cortar el nudo.

2.º Debe dedicarse al enfermo. Su dedicación debe ser total y concreta. Cada enfermo es único, no constituye un elemento de la serie. En la atención al enfermo nunca debe generalizarse demasiado.

El primer ideal del médico es el primer ideal de todo espíritu generoso, es laborar por un mundo mejor (2). No tiene «ideal» el que no encuentra algo «más importante que la propia vida». Porque, como nos enseña el Evangelio, «quien ama su propia vida la perderá».

El hombre de ideal es el que tiene ideales de ideas, que se ocupa de la cultura, de la civilización, de la filosofía, de la moral y de la religión. Hasta los paganos convinieron en ello claramente. Hora-

cio, en su epístola I, cap. I, versículo 40, nos enseña «que el don más preciado de la vida es la civilización, el ennoblecimiento de las costumbres y la elevación de la moralidad».

El idealista —no el utopista— es el que reconociendo la limitación y las perversas inclinaciones del corazón del hombre, considera posible la mejora de la humanidad.

No es el que vive fuera de la realidad ni el que desecha la vida práctica. Aunque el reino de Jesús no era de este mundo, El estuvo siempre en el mundo. No era del mundo, pero asistió a las bodas de Canaá. No era del mundo pero ganó el pan en el taller de su padre. Y fue un hombre, eminentemente práctico. Maestro de la vida, conecedor de los pecadores y de los fariseos, conecedor del alma de su pueblo y del alma de los gentiles. Pero vino a realizar prácticamente la misión sobrenatural que le había confiado su Padre. La cumplió con la celeridad terrible de la saeta hasta clavarse en el leño. Su ideal no fue la propia voluntad, sino la voluntad del Padre.

Porque el idealista es siempre operante y activo. «No vive para sentir. No vive para pensar. Vive para obrar.» Como Jesús vivió para cumplir la voluntad de su Padre.

El ideal es, pues, una fuerza viva que lo impregna todo, que se inserta en la realidad, que la re-

mueve con el ímpetu de la magnanimidad, del amor y de la grandeza del alma.

Pero el que obra puede cambiar el orden material o el orden moral. Y hace más el que cambia la situación moral de la humanidad que el que modifica las fronteras de los imperios. Ni Alejandro ni Napoleón pudieron hacer otra cosa que ganar batallas. Pero Jesús pudo decir: «Vosotros no temáis, porque Yo he vencido al mundo».

Sorprende a la par que admira, la libertad espiritual del Sumo Pontífice al pregonar la grandeza de aquellos hombres que, sin haber conocido la luz del Evangelio, se esforzaron en levantar la vida moral de los pueblos.

Pero su elogio recae particularmente sobre aquel genio de la Medicina universal que se llamó Hipócrates, y que ha sido el mentor más autorizado de los médicos de todos los siglos.

«Los escritos de Hipócrates —dice el Sumo Pontífice—, contienen, sin duda alguna, una de las más nobles expresiones de la conciencia profesional.» Y añade: «Quien supo poner en evidencia estas normas morales y presentarlas en el conjunto de una doctrina suficientemente completa y armónica, hizo a la civilización el regalo de una obra más grandiosa que la de los conquistadores de imperios».

¿Puede sorprender que el Sumo Pontífice encarezca a nuestros ojos

esta figura señera del paganismo?; ¿que le proponga a nuestra consideración como una de las expresiones más ejemplares de la conciencia profesional?

La consecuencia es otra: si los cristianos pueden aprender de los paganos de recta intención, ¿cuánto más no deberían aprender los médicos materialistas de nuestros días?

Porque no hay duda que en nuestros tiempos la gran vocación de la medicina ha sido ultrajada y degradada por muchos que se han nutrido en el seno de la civilización cristiana.

No nos dejemos arrebatar nosotros la dignidad profesional de nuestros mayores. Recordemos a menudo la exhortación de San Gregorio: «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad», y repitamos en nuestro fuero íntimo, como coraza contra la iniquidad de los que se prestan a prácticas inicuas e in-

confesables, aquellas palabras del Ofertorio: «Oh Dios, que la dignidad de la humana sustancia que admirablemente creaste y reconvertiste de una manera todavía más admirable»...

Quede apuntada la noticia en nuestro corazón de la ejemplaridad de Hipócrates en haz estrecho con las palabras del Vicario de Cristo. Porque en todos los tiempos el ingreso a la luz ha estado en las puertas de la propia conciencia. Pero la luz del ideal cristiano se ha desbordado desde que Jesús, el Médico universal, nos adiestró en el divino arte del amor, que debe ser el arte supremo del médico.

Discusión. — El doctor C. Soler Dopff (Presidente) comenta brevemente el interés que, para la Academia, sobre todo, encierra lo manifestado.